

# No hay vuelta atrás

Luis Rubio

El pasado ya no va a retornar: México y el mundo cambiaron, cada uno a su ritmo y circunstancia, por lo que lo único certero es que estamos ante un futuro distinto. El viejo “orden” se acabó; nos encontramos ante un quiebre histórico de enormes proporciones y mientras más tardemos en asimilar esta premisa fundamental, peor será ese futuro.

La propensión humana más natural es la de aferrarse a lo existente o, más comúnmente, a lo conocido. La imagen más clara en este sentido es la de los interminables esfuerzos que hacemos todos, todos los días, para intentar que el genio vuelva a meterse a su lámpara mágica. En lugar de lidiar con las nuevas realidades, soñamos con regresar a lo que había: que los ataques de septiembre 11 nunca hubieran ocurrido, que el candidato X (ponga el de su preferencia, no faltan) hubiera perdido. Es como querer meter la pasta de dientes de vuelta al tubo: no se puede. Lo único certero es que el pasado ya no existe; la gran pregunta es qué sigue.

Sumido en el conflicto por la independencia de la India, le preguntaron a Mahatma Gandhi qué pensaba de la civilización europea: su respuesta fue “sería una gran idea”. Alcanzar la civilización implicaría lograr un nuevo estadio de estabilidad, crecimiento y civilidad, tres grandes ausentes en nuestra realidad actual. Parece claro que el camino por el que vamos no permitirá que se materialice ninguno de estos elementos, por lo que la respuesta de Gandhi es sumamente pertinente para el México de hoy. La civilización se construye, no se da fortuitamente.

Es importante reconocer que la encrucijada en la que nos encontramos no es producto de la casualidad, ni es resultado, al menos en su origen, del gobierno actual. Ese mérito lo tiene una sucesión de varios gobiernos que realizaron cambios y reformas sin reparar en el conjunto que estaban construyendo, particularmente en el ámbito político: en una palabra, no construyeron la capacidad gubernamental para lidiar con las fuerzas sociales, económicas y políticas que estaban desatando. Pero sí hubo un gobierno que no sólo perdió el camino, sino que nunca lo encontró: nunca entendió por qué llegó al poder, para qué llegó al poder o cuál era su “misión”.

Las reformas comenzaron en 1983 porque no había de otra: los gobiernos de los setenta habían quebrado al país. Uno puede coincidir o no con la vertiente que cobraron esas reformas, pero no había ninguna alternativa a la urgencia de reestructurar al gobierno y estabilizar la economía. Los siguientes gobiernos le imprimieron su sesgo al proceso, unos con mayor visión y capacidad que otros; algunos con claridad de rumbo y otros con total incompreensión del reto.

Pero sin duda fue el gobierno de Peña Nieto el que nunca entendió, primero, por qué el electorado le dio una nue-

va oportunidad al PRI y, segundo, el enorme potencial que tenía en sus manos. En lugar de construir un “nuevo Estado”, el proyecto se limitó a avanzar algunas reformas (no desdeñables como veremos cuando se atore el carro en el futuro mediato) mientras se consumaba el robo del siglo. Sin el gobierno de Peña el México de hoy sería muy distinto. Nadie puede culpar a AMLO de las causas de su victoria. La contundencia con la que ganó constituye una condena reprobatoria que no deja dudas del mensaje: el electorado se sintió traicionado por el gobierno saliente y se volcó de lleno hacia la única opción que ofrecía algo distinto. Y eso distinto es lo que hoy construye un orden diferente mirando hacia el futuro: no es solo otro gobierno, es otra manera de ver y entender al mundo.

En el planeta se debate mucho sobre el fin del orden mundial construido después de concluida la Segunda Guerra Mundial. La razón, al igual que al interior del país, es que hay nuevos actores, nuevas realidades de poder y nuevas reglas del juego. Nos encontramos en la etapa de las “vencidas” en la que el nuevo grupo en el poder va intentando imponerse en las diversas instancias e instituciones políticas, económicas, electorales y sociales. Poco a poco, van apareciendo nuevos criterios y valores, lo que afecta -para bien o para mal- la forma en que se asciende al poder, los derechos efectivos de la ciudadanía, la forma en que se conduce la economía y la manera en que se procuran los controles sociales.

Un nuevo orden no necesariamente implica menor pobreza, mayor igualdad o mejor situación económica. Solo implica reglas nuevas que responden a los grupos en el poder. Como en el mundo, nos encontramos en un momento de cambio en el que todo está en ciernes, susceptible de ser alterado, por lo que lo que hoy vemos puede no perdurar, todo lo cual crea un entorno de inexorable incertidumbre.

El presidente se ha abocado a intentar darles certidumbre a los diversos intereses sociales de que su concepción del viejo México es viable y el mensaje, guste o no, ha sido captado por muchos actores clave de todos los ámbitos -políticos, empresarios, líderes sindicales-, todos ellos buscando acomodarse. Se trata, sin embargo, de un escenario engañoso, de una calma chicha antes de que las fuerzas, intereses y valores del nuevo grupo gobernante hagan suyo el escenario político e impongan su ley. En una palabra, un nuevo orden que no por nuevo será benigno.

@lrubiof

## ÁTICO:

El México de 2018 pasó a la historia: estamos ante un nuevo orden económico, político y social que no necesariamente será benigno.

# La semana triunfal de Trump: ¿cuatro años más?

Mauricio Meschoulam

Ya sabíamos que Trump iba a ser absuelto por el Senado. No había una sola predicción que sostuviera que 20 senadores republicanos votarían con los 47 demócratas para destituir a Trump. Y, sin embargo, sólo hasta que escuchamos la voz del presidente, observamos sus gestos, y se respiró el aire de triunfalismo que exhalaba en el corazón del mismo recinto que apenas siete semanas atrás había votado por destituirlo, sólo entonces, entendimos lo que estaba ocurriendo. Una edición, tal vez, corregida y aumentada de “lo que no te mata te fortalece”. ¿Tiene Trump entonces garantizada su reelección? No se puede saber, pero esta semana, cargada de noticias de política interna en EUA, nos deja (al menos) tres temas a reflexionar: el caos demócrata en las asambleas de Iowa, el discurso de Trump del “Estado de la Unión” y el final del proceso de Impeachment.

Empezamos por esto último, toda vez que aquello que era un resultado cantado y predecible desde el mismo día en que se inició el Impeachment, aparentemente termina por producir efectos psicológicos que sí sorprenden a varios y que dejan entre los demócratas una sensación de derrota aplastada. Por ello, es legítimo preguntarse si los demócratas sabían muy bien cómo iba a terminar este proceso, ¿por qué siguieron adelante con él? Hay varias explicaciones. Una de ellas indica que los legisladores estaban haciendo lo que sintieron que era correcto. Otro tipo de explicaciones apuntan más bien a sus objetivos electorales. No obstante, por lo que parece, la opinión pública no se movió ni un ápice. Según una encuesta de la Universidad de Quinnipiac de apenas hace dos semanas, después de meses de impeachment, el mismo porcentaje de personas que votó por Trump en 2016, es el porcentaje que consideraba que el presidente no debía

ser destituido y viceversa. La verdad es que al final del camino, queda una sensación de que los demócratas, en lo general, fallaron en convencer de la culpabilidad de Trump a quienes no estaban ya previamente convencidos. Y en cambio, queda un sentimiento de que se salió con la suya y que regresa victorioso.

Eso fue lo que marcó el ambiente durante el discurso del martes, pero no fue lo único. Según una encuesta de Harvard/Harris del 2019, los cuatro temas principales en las preocupaciones de los electores estadounidenses son en este orden: 1) inmigración, 2) seguridad social, 3) terrorismo, y 4) economía/empleos. Si revisamos con detalle el discurso, Trump entiende que esas son las prioridades a atacar, además de que encuentra cómo tejer una narrativa eficaz para conectar con ese electorado al que se dirige, aunque haga enojar a demócratas como Pelosi o a liberales e intelectuales en estados costeros.

Además, la semana arrancó con la debacle demócrata en las asambleas de Iowa. Nada funcionó como se esperaba. El partido lleva días tratando de explicar las fallas en el conteo de votos, lo que restó energía, ya no al candidato victorioso, sino a la fuerza del partido como un todo capaz de derrotar a Trump quien, como era de esperarse, sacó ventaja de cada uno de esos factores para seguir impulsando su semana triunfal. ¿Significa todo eso que Trump será reelecto? No lo sé. Lo que sí queda claro es que sabe muy bien cuáles son los temas a empujar y cuáles son los sitios específicos en donde necesita empujarlos para ganar —dado el funcionamiento del sistema electoral de EUA— y que, tras lo ocurrido en los últimos meses y en especial en esta semana, el partido demócrata tiene una tarea de recomposición que va cuesta arriba.

Twitter: @maurimm

# Defensor de la UNAM

Enrique Krauze

Guardo buenos recuerdos del rector Pablo González Casanova, que el próximo 11 de febrero cumplirá 98 años. En su discurso de toma de posesión ante el Consejo Universitario (mayo de 1970) apeló a “la razón y el derecho”, justo los valores que habían faltado al régimen en el conflicto de 1968. Uno de sus primeros actos fue plantear la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades. Era evidente que la UNAM necesitaba descentralizarse y diversificar su oferta educativa. Mi amigo Fausto Zerón-Medina y yo, consejeros universitarios, trabajamos con entusiasmo en ese proyecto.

Su padre, del mismo nombre, fue un destacado filólogo, y uno de los primeros exponentes del indigenismo en el Siglo XX. Nació en Yucatán en 1889 y formado en universidades europeas, regresó para dedicarse al estudio de las raíces originarias de México. Junto con Manuel Gamio, investigó el idioma náhuatl en Teotihuacán; escribió sobre aztequismos, compiló poesías y cuentos indígenas. Trabajó en los pueblos de la Meseta Tarasca. Murió prematuramente, en 1936.

Esa filiación explica la vocación humanista de González Casanova y su primera estación intelectual: la de historiador. Alumno de la UNAM, la Sorbona y el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, publicó *El misonismo y la modernidad cristiana* en el siglo XVIII (1948), *Una utopía de América* (1953) y *La literatura perseguida* en la crisis de la Colonia (1958). La primera trata sobre la resistencia intelectual y teológica al racionalismo ilustrado. La segunda es el perfil del excentrico pensador Juan Nepomuceno Adorno, hermano espiritual de Fourier y Owen. La tercera es un paseo por la poesía mística, la oratoria sagrada, las canciones y los bailes, la sátira popular y la narrativa en el crepúsculo de la Nueva España, cuando las expresiones de libertad encontraban el valladar de la Inquisición y presagiaban la Independencia.

Desde fines de los cincuenta, su estación definitiva ha sido la sociología, tanto por sus publicaciones (la primera, *Estudio de la técnica social*, de 1958) como por su trayectoria académica en instituciones mexicanas y latinoamericanas. Con ese bagaje, y con el temple crítico propio de su generación de “Medio Siglo” (nacida entre 1920 y 1935), publicó un libro pionero: *La democracia en México* (1965). Conservo todavía el ejemplar de pasta du-

ra, bellamente editado por la Editorial Era de Neus Espresate y Vicente Rojo. Acompañado de sesenta y cinco cuadros estadísticos sobre la realidad económica, social y política del país, el libro razonó la convergencia del análisis marxista y el sociológico (Lipset, Theodor Adorno, Dahrendorf) en la postulación de la democracia como condición necesaria del desarrollo histórico. González Casanova defendió el legado de Cárdenas, la preservación del PRI y el presidencialismo, pero todo ello en un marco -inexistente entonces- de libertades políticas, respeto a la disidencia, competencia de partidos y una ley electoral confiable.

La rectoría de González Casanova se vio trastocada por la aparición -innecesariamente violenta- del sindicalismo universitario, y por el asalto de dos truhanes armados que, haciéndose pasar por militantes de izquierda, ocuparon las instalaciones de la rectoría. En diciembre de 1972, tras varios meses de agitación, blandiendo la defensa de la libertad académica, González Casanova presentó su renuncia. La noticia nos entristeció. Se trató de un golpe a la autonomía universitaria.

Tengo para mí que aquel atentado contra la razón y el derecho radicalizó la conciencia política de González Casanova hasta llevarlo a posiciones dogmáticas, incompatibles con la democracia que postuló en su libro. Sus textos comenzaron a caracterizarse por una intolerancia ante las voces disidentes no muy distinta a la que él mismo describió en la Colonia. Pienso sobre todo en su encomio irrestricto al régimen de Fidel Castro. En cambio, su defensa de los pueblos indígenas y del Ejército Zapatista de Liberación Nacional me parece encomiable: está hecha de simpatía genuina y lealtad al legado paterno.

Nunca tuve la oportunidad de agradecerle sus actos generosos. Don Pablo me escogió como orador en el homenaje luctuoso a Barros Sierra en la Facultad de Ingeniería. En mi discurso ataqué al gobierno de Echeverría a cuyo secretario de Obras Públicas, presente en el acto, no mencioné ni saludé. El rector no me reprendió.

Hoy más que nunca quiero rescatar su defensa de la autonomía universitaria. Y lo abrazo desde lejos.

www.enriquekrauze.com.mx

## ÁTICO

Saludo a Pablo González Casanova, historiador, sociólogo, rector, hombre de izquierda.

# Rifa de un avión sin avión: ¿genialidad o tomadura de pelo?

Jorge Zepeda Patterson

De que es surrealista, lo es. López Obrador informó este viernes que en la rifa del avión presidencial el premio no será un avión, a pesar de que el boleto que se había presentado días antes rezaba “premio mayor; avión presidencial” y la imagen de la aeronave de Peña Nieto apenas cabía en el cachito de lotería diseñado. Los 100 ganadores obtendrán 20 millones de pesos cada uno, que saldrán del fondo que existe en el Instituto para Devolver al Pueblo lo Robado (INDEP). ¿El dinero recaudado servirá para pagar el avión? se preguntará usted. No, será utilizado para equipar a hospitales y clínicas del Insabi. ¿Y entonces que tiene que ver todo esto con el avión? Nada, después del sorteo el avión seguirá a la venta, esperando la llegada de algún comprador.

¿Y para qué seguirle llamando “rifa del avión”? En teoría, de lo recaudado se tomarán 200 millones de pesos por año que exige el mantenimiento del avión, aunque también se dijo que las rentas ya comprometidas son de 200 millones con lo cual se pagaría el mantenimiento.

En la práctica no hay razón para hacer un sorteo con el pretexto del avión, salvo intentar rescatar al presidente del atoladero en que se había metido al hablar de un sorteo del cómodo avión que no se había podido vender como se prometió en campaña. La imagen del boleto presentado el viernes ya había cambiado, pero la foto seguía siendo la misma, salvo que ahora afirmaba “equivalente al valor del avión presidencial”. El remedio ha salido peor que la enfermedad. Es loable el propósito presidencial deshacerse de una aeronave absurda y faraónica, símbolo de la corrupción y el despilfarro. Pero la manera en que se instrumentó el asunto del sorteo resultó desastrosa por la improvisación y la precipitación. Parecería que los deseos del presidente corrieron más deprisa que el margen de lo posible o la capacidad de sus colaboradores.

Bueno, al menos la rifa habrá sido un buen pretexto para dotar de equipos médicos a los hospitales públicos, dirá usted. Tampoco, el resultado económico del sorteo será irrelevante por donde se lo mire. Un simple ejercicio de sumas y restas lo demuestra. De hecho, de manera involuntaria lo hizo el propio Jorge Mendoza, director de Banobras cuando los reporteros le pidieron detalles: si llegase a tener éxito total la venta de 6 millones de boletos se recaudarían 3 mil millones de pesos, a los que habría que descontar 130 millones de gastos, otros gastos no precisados (supongo que se refería a comisiones de vendedores de lotería) y el pago de impuestos para que los ganadores se lleven los 20 millones de pesos libres, algo que AMLO había ofrecido. Mendoza dijo que existen 3 tipos de impuestos, entre ellos el ISR que los organizadores tendrían que enterar (al parecer 1%) y el 6% de un impuesto en la Ciudad de México, lo cual significaría en total otros 140 millones. Pero a eso habría que añadir 30% contra las utilidades del sorteo, que Mendoza señaló pero no calculó: ascenderían en libros a cerca de 2,500 millones, es decir poco más de 700 millones de pesos de impuestos. Pero eso no lo dijo. De sus

palabras se desprende que la recaudación libre de gastos apenas llegaría a los 2 mil millones de pesos (a menos que negocien el tema de impuestos cosa que intentarían, afirmó), pero él se las arregló para decir que se entregarían 2,400 millones a hospitales y quedarían 200 millones para alguna contingencia. Del avión presidencial, ninguna palabra.

2,400 millones para equipo médico no está mal, incluso si resulta mucho menos, ¿no?. En efecto, pero para eso no teníamos que hacer una rifa. 2,000 millones están saliendo del Instituto para Devolverle al Pueblo lo Robado; nos habríamos ahorrados todo el tinglado si en lugar de pagar a los premiados ese dinero se hubiera destinado a la compra de material médico. ¿Y los 400 adicionales? Primero, está por verse si van a salir de los saldos de la rifa y segundo, incluso si se consiguiera el milagro, habría que preguntarse si todo esto justificó el costo político y el esfuerzo.

Se estableció esa cifra (2,400 millones, de los cuales en realidad 2,000 están saliendo del INDEP) no porque haya posibilidades de llegar a ella con la rifa sino porque ese es el valor de mercado del avión presidencial; eso permite sostener el espejismo de que el sorteo equivale a trocar una aeronave satanizada por equipos médicos tan necesitados. Pero en realidad se están sacando los recursos de otro lado.

Justamente, es tan endeble la operación económica, que se tuvo que recurrir a otros fondos para llegar a una bolsa de 5 mil millones (2 mil del INDEP y 3 mil del sorteo, en teoría) y poder asegurar la compra de 2,400 en bienes destinados a la salud pública. Algo que se pudo haber hecho por otras vías mucho más eficientes. El presidente ha dicho que se necesitan 13 mil millones para equipar instalaciones médicas. Los 400 millones que se van a obtener si todo esto tiene éxito (insisto, los otros 2000 proceden del INDEP), algo dudoso si consideramos las cuentas alegres que se están realizando, habrán sido una gota comparados con la inversión de tiempo y recursos.

Lo cual nos lleva a la pregunta inicial. ¿Nos metimos en este berenjenal por la cobardía o ineficiencia de algún colaborador; incapaz de sentarse con el presidente y hacerle ver la imposibilidad de la rifa de un avión antes de que él mismo se enredara con sus palabras y sus buenas intenciones? ¿O se trata de una estratagema brillante para que la conversación pública se obsesione con el tema mientras su gobierno afronta problemas más urgentes?

Al presidente le urge ganar tiempo para que sus políticas de seguridad pública y activación de la economía comiencen a dar resultado antes de que se frustren las expectativas. Mientras nos preguntemos que haríamos con 20 millones y los memes se ocupen del avión, la 4T consolida su Guardia Nacional, avanza el proyecto Interoceánico en el Istmo y construye tren maya, aeropuerto y refinería, entre otros. ¿Genialidad o tomadura de pelo?

@jorgezpedap  
www.jorgezpeda.net